

PERIPLO AFRICANO DEL VICEPRESIDENTE HUMPHREY

El 29 de diciembre, el vicepresidente de los Estados Unidos, Hubert Humphrey, abandonaba la base aérea de Andrews para emprender un recorrido de trece días por el continente africano con el propósito de visitar Liberia, Costa de Marfil, Ghana, Congo (Kinshasa), Zambia, Etiopía, Somalia, Kenya y Túnez. Momentos antes del despegue del avión declaraba que el viaje tenía por objetivo fundamental «renovar el compromiso adoptado por el presidente Johnson de terminar con la pobreza, la ignorancia, la subalimentación y la enfermedad, tanto en Africa como en América». Tan grandilocuentes palabras enunciaban, bien claramente, los fines propagandísticos del desplazamiento, ya que su cumplimiento excede un tanto de las posibilidades de la Casa Blanca, por lo menos en la hora actual, en que se encuentra agobiada por graves dificultades financieras. Esta cruda realidad reduce el valor práctico de tal declaración y sitúa el extenso periplo vicepresidente en sus justos términos: una oportunidad—el asistir a las ceremonias que conmemoraban el nuevo mandato de uno de los jefes de Estado más adictos a Wáshington—aprovechada, mediante escalas en otras ocho naciones africanas, para aumentar el prestigio de dirigentes amigos, en unos casos, o para irradiar una influencia que atenúe su hostilidad hacia la gran potencia del otro lado del Atlántico.

Pocas horas después, Humphrey llegaba a Abidjan, acompañado de su esposa y de veinte altos funcionarios americanos. Tal como estaba previsto, el recibimiento que se les tributó fue muy cordial. Respondiendo a las palabras de bienvenida del ministro de Estado, Auguste Denise, que le había recibido en el aeropuerto, Humphrey declaraba que los Estados Unidos esperaban reforzar sus relaciones con el presidente Houphouet-Boigny, «uno de los jefes de Estado más respetados de nuestra época». Es indudable que, con su política moderada y realista, el presidente marfileño ha jugado, en

el área occidental africana, un papel particularmente importante al servir de núcleo de cohesión del mosaico de naciones que, al ser independizadas por París, inspiraban su política en la prosecución del desarrollo mediante la ayuda técnica y financiera francesa y en estrecha compenetración, dentro de los límites marcados por su propia personalidad, con las trayectorias políticas generales del mundo occidental. Cuando, en los momentos iniciales del albor independentista en esa región del mundo, Ghana y Guinea—y Mali después—significaban la ruptura con Occidente, la implantación de regímenes radicalmente revolucionarios y la paulatina adhesión al bloque oriental, Costa de Marfil asumía la responsabilidad principal en la oposición a esa política, manteniendo el acercamiento a los países occidentales (Francia y Estados Unidos, en primer lugar) como eje directriz de su proyección política exterior. En no escasa medida, fue la desbordante personalidad de Félix Houphouët-Boigny, estadista de altos vuelos, la que logró conseguir aceptación unánime de esos puntos de vista. Con el transcurso de los años, esta orientación se ha impuesto rotundamente: Ghana derrocó al dictador, Mali reconsideró sus extremismos y suscribió una petición de retorno a la zona del franco y Guinea—aislada totalmente y presa de grave crisis económica debido a la insuficiente ayuda de Moscú y Pekín—despliega patentes, y penosos, esfuerzos para convencer a París, que hasta ahora los acoge con frialdad, de la sinceridad en sus deseos de restablecer la amistad con la ex metrópoli y de cooperación con las restantes naciones francófonas del sector oeste del continente.

Esa zona de Africa representa, ciertamente, un factor de equilibrio favorable al desarrollo de la cooperación cada vez más estrecha con el mundo occidental, el único que puede, con plena efectividad, financiar los proyectos necesarios para una rápida elevación del nivel de vida. Y esa situación de cooperación interafricana, demostrada por la consolidación de la O. C. A. M., se ha obtenido, en gran manera, por la sagaz actividad diplomática de Costa de Marfil, que se ha beneficiado, y continúa haciéndolo, de considerable ayuda francesa y norteamericana. Ahora mismo, tras la cena ofrecida por el presidente marfileño, Humphrey anunciaba que había sido concedido un crédito de 6,5 millones de dólares por el Banco americano Export-Import, que será utilizado para la compra a los Estados Unidos del material necesario para la realización del proyecto hidroeléctrico del río Bendama, de gran importancia en el futuro del país africano.

El 31 de diciembre llegaba a Monrovia el vicepresidente norteamericano para asistir a las ceremonias conmemorativas del sexto mandato del presidente William Tubman, que tuvieron lugar el 1 de enero y en las que estuvo presente, también, el presidente de Costa de Marfil. El vicepresidente liberiano, William Tolbert, fue igualmente investido en el curso de solemnes actos, tras de los cuales Tubman anunció que su Gobierno proyectaba someter a las Naciones Unidas una propuesta inspirada en el Pacto Briand-Kellog, de 1928, declarando la guerra fuera de la ley.

La excelente acogida dispensada al vicepresidente norteamericano corroboraba las buenas relaciones entre los dos países, fundadas en el recuerdo de que fueron los Estados Unidos quienes ayudaron a negros libertados de aquel país y a otros rescatados de los barcos esclavistas por la Armada norteamericana a fundar la nación en 1822 y quienes contribuyeron decisivamente a la proclamación de la independencia en 1847. La amistad liberiano-americana es muy profunda porque tiene sus raíces insertas en la Historia. Por todo ello, los Estados Unidos gozan en Liberia de influencia decisiva, y esto se corresponde con una crecida ayuda económica, que desde 1944 sobrepasa los 200 millones de dólares. También la inversión americana es muy fuerte, y en las mayores Compañías mineras (excepto la Bong Mining Company, que está financiada por capital alemán) el capital es, en gran parte, americano, y otro tanto sucede con las tres grandes plantaciones de caucho. La política de Tubman, estadista destacado por su moderación en el concierto africano, basada en un panafricanismo sumamente realista, despierta eco favorable en Wáshington, y la orientación económica que defiende, fundada en la no nacionalización de las empresas y en el compromiso de mantener una moneda fuerte («política de puerta abierta» llama Tubman a su doctrina) está considerada por la Casa Blanca como un ejemplo para los restantes países continentales.

El 3 de enero, Humphrey iniciaba en Accra una serie de conversaciones con los dirigentes del Consejo Nacional de Liberación de Ghana. Este país ha sido, desde hace mucho tiempo, objetivo preferente de la atención norteamericana. Confirma esta impresión la circunstancia de que, haciendo caso omiso de los enconados ataques de Kwame Nkrumah durante su largo mandato presidencial, la Casa Blanca no escatimó donativos y préstamos a

Accra (1), hasta que, en 1965, tras las calumniosas acusaciones prodigadas por el «redentor» en su libro *Neocolonialismo, la última fase del imperialismo* (2) y las manifestaciones antiamericanas que tuvieron por escenario la capital ghanesa, Wáshington reconsideró su postura, rehusando facilitar más recursos financieros.

Por estas razones, los Estados Unidos, interesados en labrar amistosas relaciones con Ghana, vieron en la destitución del «presidente vitalicio», por el golpe de Estado militar de febrero de 1966, la oportunidad de llegar a una estrecha cooperación. Y ese clima de entendimiento se ha logrado, efectivamente, con el régimen que preside el general Ankrah, al que ha aportado toda la ayuda precisa para su fortalecimiento. Este apoyo se ha centrado, fundamentalmente, en el terreno económico, en el que hallaba el nuevo régimen las mayores dificultades iniciales, debido a la circunstancia de que Ghana—que poseía reservas por valor de 200 millones de libras esterlinas en el momento de proclamar la independencia (3)—, tenía contraída una deuda exterior que superaba los mil millones de dólares cuando fue derrocado Nkrumah. Entre los principales acreedores se contaban Gran Bretaña, Noruega, Alemania Federal, Holanda, Francia, Estados Unidos, Bélgica, Italia, Yugoslavia, Japón, República Árabe Unida, Israel, Australia y España. Estos países—de tan diversos continentes y regímenes políticos—reclamaban el reembolso de sus créditos. Merced a hábiles gestiones, el Gobierno de Ankrah logró conjurar la delicada situación y supo infundir la confianza suficiente para obtener, desde febrero de 1966 a primeros de 1967, 397 millones de francos de los Estados Unidos, Canadá, Holanda y Alemania, y, en 1967, otros 70 millones de dólares en créditos de los Estados

(1) Entre otros, un crédito de 40 millones de dólares para la construcción de la presa de Akosombo.

(2) El Departamento de Estado protestaba, el 25 de noviembre de dicho año, por las “acusaciones totalmente infundadas” que formulaba Nkrumah en dicho libro contra los voluntarios de la paz norteamericana, la Agencia Central de Información, los misioneros estadounidenses, el rearme moral, Hollywood, el Banco Mundial y los “tentáculos del pulpo de Wall Street”. El subsecretario de Estado, Mennen Williams, convocaba al embajador de Ghana para comunicarle el disgusto de los Estados Unidos y pedirle que lo pusiera en conocimiento de su Gobierno. Inmediatamente, Wáshington se negaba a considerar una petición de un crédito de 100 millones de dólares efectuada por Nkrumah.

(3) V. JULIO COLA ALBERICH: *Nuevos rumbos en Africa*, núm. 84 de esta Revista, página 88.

Unidos y del Fondo Monetario Internacional. Con Londres, destacado acreedor, firmaba Accra, en febrero del pasado año, un acuerdo definiendo las condiciones de reembolso de los 25 millones de libras esterlinas a que ascienden las deudas a plazo medio, comprometiéndose a pagar el 20 por 100 de dicha cantidad antes del final de 1968 y el resto en ocho años. En suma, la situación financiera ha mejorado debido a las acertadas medidas adoptadas y, especialmente, por el paso de la economía socialista, en la desordenada forma concebida por Nkrumah, a la economía liberal que ahora rige.

Para realizar con éxito esta misión de recuperación financiera trabajan actualmente en Ghana unos 250 expertos del Gobierno americano y del Fondo Monetario Internacional, principalmente, y las Compañía privadas norteamericanas tienen en ejecución diversos proyectos industriales (plantaciones de caucho, fabricación de neumáticos, productos farmacéuticos, aluminio, prospecciones petrolíferas, etc.), que tendrán importancia decisiva en el futuro ghanés.

Ahora, durante su breve etapa en Accra, el vicepresidente norteamericano y el vicepresidente del Consejo Nacional de Liberación, Harly, han firmado un acuerdo mediante el cual productos agrícolas por un valor superior a los 12 millones de dólares serán entregados por los Estados Unidos. Es una reciente y ostensible muestra de subrayar la mutua amistad.

La etapa congoleña de Humphrey ha sido más agitada. El 4 de enero nutridos grupos de manifestantes contra la guerra del Vietnam detenían el automóvil que conducía al vicepresidente norteamericano, bloqueando la carretera que une al aeropuerto con Kinshasa. Las tropas del Ejército Nacional Congoleño, que cubrían la carrera, disolvieron la manifestación, abriendo paso al cortejo del distinguido huésped. Puede resultar sorprendente esta demostración poco amistosa, puesto que por ningún país africano han efectuado los Estados Unidos mayores dispendios y sacrificios que los realizados por el Congo. El aplastamiento militar de la secesión katangueña puede considerarse que fue posible gracias a los millones del contribuyente americano y a la decisión de la Casa Blanca de complacer las demandas del Gobierno de Leopoldville. Tshombe, que nunca fue grato a Washington, fracasó en sus ilusiones independentistas merced a la irreductible oposición de los Estados Unidos. Finalmente, en esta postrera etapa del gobierno de Mubutu, la Casa Blanca se ha volcado en su apoyo para consolidarlo y, entre otros casos, la insurrección de los mercenarios fue abortada, especial-

mente, gracias a la celeridad con que la fuerza aérea norteamericana puso a disposición del presidente congoleño tres grandes transportes «C-130», con toda la tripulación y personal necesario, mediante los cuales el E. N. C. pudo trasladar rápidamente sus paracaidistas a la zona de lucha, neutralizando los proyectos del adversario. El envío de estos aviones suscitó una oleada de protestas en el Senado, donde el líder de la mayoría demócrata. Mike Mansfield—apoyado por el presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, Williams Fulbright, y el presidente de la Comisión de Fuerzas Armadas, Ricard Rusell—criticó con desusada energía la decisión del Gobierno. Frente a todo ello, Wáshington mantuvo su posición negándose a reconsiderar la medida adoptada, hasta el punto de que sólo el pasado diciembre, mucho tiempo después de terminada la insurrección, retiró el último de estos aviones del Congo, cuando la situación había sido francamente estabilizada.

Es decir, que los Estados Unidos no han vacilado, desde que el Congo lograra su independencia, en aportarle ayuda financiera, militar y técnica. Pese a ello, es indudable que en dicho país la impopularidad americana es mayor que en una gran parte de los países del continente. El Gobierno de Wáshington lo sabe, pero no varía en su conducta, estimulado, tal vez, por el deseo de permitir a sus potentes Compañías una participación cada vez más decisiva en la explotación de las inmensas riquezas, especialmente minerales, del rico país centroafricano, ayudado por el presidente Mobutu, que, según ciertos testimonios solventes (4), había sido formado y subvencionado por la C. I. A. norteamericana desde antes de la independencia del país. En reciprocidad, Mobutu alienta esta expansión financiera americana en su país; pero Mobutu, pese a todas las apariencias, es profundamente impopular entre las multitudes congoleñas, y el apoyo que le prestan los Estados Unidos hace que una parte considerable de la opinión pública mantenga la postura antiamericana, como protesta contra la ayuda que permite al general mantenerse en el Poder.

La inclusión de Zambia como etapa siguiente a la congoleña, según decisión adoptada en los últimos momentos que precedieron al viaje, en el itinerario de Humphrey resulta singularmente significativa, puesto que la nación

(4) Acusaciones formuladas, entre otros, por el ex ministro de Información del Gobierno de Lumumba, Anicet Kashamura, en su famosa obra *De Lumumba aux colonels*.

que preside Kenneth Kaunda no ha evidenciado especiales simpatías por los Estados Unidos. Por el contrario, son visibles, especialmente durante el último año, inclinaciones políticas, y también vinculaciones económicas, con los países del Este, y de modo singular con la China popular. Esto parece deducirse de la cordialidad con que fue acogido Kaunda en su viaje a Pekín del pasado mes de junio y del acuerdo firmado, en septiembre, entre los dos países para la construcción, financiado por China, de un ferrocarril que unirá Zambia con Tanzania. Precisamente, este proyecto de ferrocarril, que permitirá a Zambia eludir la tutela rhodesiana y portuguesa sobre su comercio exterior—puesto que ahora tiene que atravesar Rhodesia hasta llegar a los puertos de Mozambique o Angola para llegar al puerto congolés de Lobito, utilizado para la exportación del cobre—, motivó el enfriamiento del Gobierno de Lusaka con los países occidentales, ya que tanto los Estados Unidos, como la Gran Bretaña, Francia, Canadá y el Japón se limitaban a ofrecer la construcción, mientras que China popular se comprometía, también a su financiación. Todas estas razones han influido en el visible acercamiento de Zambia, en igual forma que lo hace Tanzania, hacia el colosal país que rige Mao Tse-tung, y existe, por tanto, un ambiente nada favorable hacia Wáshington, como quedó confirmado en el comunicado de las entrevistas de Pekín (5).

Por otra parte, Kenneth Kaunda es el enemigo declarado de Ian Smith y de su régimen rhodesiano, así como de los países que le apoyan, especialmente la República Sudafricana. Ha sido Zambia, desde la autoproclamación de la independencia rhodesiana, quien con mayor virulencia y tenacidad reclama la intervención militar exterior para lograr el «aplastamiento» del actual Gobierno de Salisbury. La última demanda a Londres para que hiciera uso de la fuerza para derrocar a Ian Smith data del pasado mes de octubre. Pero, habiendo fracasado en tales esfuerzos, ha incubado un creciente rencor contra el Gobierno británico, al que considera culpable de su supervivencia (6). Y, de rechazo, Lusaka no ve con buenos ojos la política

(5) El comunicado chino-zambiano de junio condenaba duramente “la guerra de agresión de los imperialistas americanos y británicos contra los países árabes”, y también con la misma energía, la intervención americana en Vietnam. Al propio tiempo, en las declaraciones efectuadas a su regreso, ha defendido ardientemente la política maoísta, “que desea la paz”, y reclamado la admisión china en la O. N. U.

(6) Así, en septiembre de 1967, el ministro de Asuntos Exteriores, Ruben Kamanga, acusaba al Reino Unido de apoyar solapadamente “a los Gobiernos racistas

de Wáshington por considerar que no ejerce presión con la suficiente energía sobre su aliado para que acceda a intervenir decisivamente en Salisbury.

En un clima de tal frialdad entre los dos países poco relieve podía atribuirse a la presencia del vicepresidente americano. Este tenía por misión, según aventuraban círculos competentes, significar al presidente Kaunda el apoyo de los Estados Unidos en su oposición al Gobierno rhodesiano, postura no propagandística, sino sincera, porque Wáshington desea, también, implantar el «régimen de la mayoría» en aquel país. Esta gestión, de manifiesta oficiosidad, constituye uno más de los errores de la diplomacia del gran país, empeñado en intervenir, sin urgente necesidad, en cuestiones litigiosas que dan pábulo a la acusación de que la diplomacia americana no actúa por móviles desinteresados, sino en búsqueda de un refuerzo de su influencia para acrecentar los provechos económicos de sus grandes compañías. En pleitos como el rhodesiano, el sudafricano, y otros muchos, la abstención es la conducta más inteligente; pero Wáshington no puede frenar su tendencia al oportunismo, en vez de seleccionar cuidadosamente sus compromisos, con lo que muchas de sus acciones diplomáticas, en vez de difundir confianza, provocan resentimientos innecesarios. Su obstinación, en el caso rhodesiano, asunto marginal para la Casa Blanca, agrava ese sentimiento hostil que se impone en amplios sectores de opinión y que tiene su base en la permanente intromisión estadounidense en asuntos que no le conciernen directamente.

El 5 de enero llegaba Humphrey a Addis Abeba, en una rápida visita de cuarenta horas. En el propio aeropuerto declaraba a los periodistas: «Nosotros, los norteamericanos, recordaremos siempre cómo los valientes constructores de Etiopía estuvieron con nosotros en defensa de la libertad hace diecisiete años en Corea.» Etiopía, es, desde hace muchos años, un país especialmente distinguido por la Casa Blanca, pese a que despliega una política totalmente independiente. La cooperación americano-etíope se inició, prácticamente, con la firma, el 23 de mayo de 1953, del acuerdo de Asistencia y Defensa entre los dos países. El Gobierno norteamericano proporciona, desde entonces, a las fuerzas armadas etíopes el equipo militar y la instrucción necesarias. «Esta decisión—subrayaba en aquella ocasión el presidente Eisenhower—ha sido adoptada en consideración a la importancia es-

arios de Rhodesia y Sudáfrica en su acción policíaca represiva y militar conjunta contra las guerrillas nacionalistas africanas en Rhodesia”.

tratégica de Etiopía en el marco del Oriente Medio y de la importancia de la fuerza defensiva etíope en esa región.» La guerra de Corea, que evocaba ahora Humphrey, demostró el excelente entrenamiento de las fuerzas del emperador, que no han cesado de recibir sustanciales cantidades—más de la mitad de los créditos militares otorgados por los Estados Unidos a África—de Wáshington en concepto de ayuda militar, con lo que se ha robustecido de tal forma que está considerado como el ejército más poderoso del África oriental.

No obstante, pese a esta circunstancia de haberse visto señaladamente favorecida por los sucesivos Gobiernos norteamericanos, Etiopía no es, en modo alguno, un aliado incondicional de los Estados Unidos, sino que mantiene su propia, y vigorosa, personalidad en el bloque de países no alineados y que sostiene relaciones extraordinariamente amistosas con el bloque de países socialistas, especialmente con la Unión Soviética, como se demostró, durante finales de febrero, en la visita a Moscú de Haile Selassie y en los resultados de sus conversaciones con los más altos dirigentes del Kremlin. Esta postura de extraordinaria fluidez en su política exterior hace que Addis Abeba pueda disentir abiertamente de las directrices americanas—como hacía el ministro de Asuntos Exteriores, Ketema Yifru, el 4 de octubre pasado en la Asamblea General de las Naciones Unidas al pedir el cese de los bombardeos sobre Vietnam del Norte—sin incurrir en el enojo de la Casa Blanca, o formular enérgicas protestas contra ciertos países del Este que suministraban armas para los insurgentes de Eritrea sin que el bloque socialista le acuse de enemistad. Esto transparenta la extraordinaria habilidad diplomática del emperador.

En virtud de estas consideraciones, estaba previsto que la estancia de Humphrey había de resultar grata en este país de tal ductilidad. Y, efectivamente, el recibimiento que se deparó al vicepresidente fue cordial y las conversaciones carecieron de perfiles enojosos. El tema que centra el interés de la Cancillería etíope, el del litigio fronterizo con Somalia—que tanta sangre ha costado y que sigue sin resolver—ha sido evocado discretamente y ha sido acogido con la máxima comprensión por parte americana. Igualmente, el tema mayor en el continente, el de la unidad africana, objetivo tenazmente perseguido por Haile Selassie, que fue paladín en la creación de la O. U. A. goza de las mayores simpatías de la Casa Blanca.

En Addis Abeba declaraba Humphrey que su país realizaría nuevos es-

fuerzos para ayudar al comercio africano, agregando que los países desarrollados deberían estar dispuestos a hacer mucho más de lo que han hecho para reducir las barreras que restringen las exportaciones de los países en desarrollo de Africa y de otros lugares del mundo. «Los Estados Unidos —dijo— tienen intención de tomar nuevas directrices e iniciativas para reducir esas barreras al comercio.» Propósitos que otros estadistas norteamericanos han venido pregonando sin que sus palabras hayan cuajado en hechos positivos. Por otra parte, de todos es sabido la influencia de Wall Street en la fijación de los precios mundiales de las materias primas y productos que suministra Africa y la influencia perniciosa que en la estabilidad económica de estos países tienen las bruscas caídas de precios y las fluctuaciones de los mismos, caprichosamente trazados por los círculos financieros neoyorkinos. Es muy grande ya el recelo que estas maniobras inspiran en los países no desarrollados, y por esto se comprende el interés que existe en inyectar periódicas dosis de optimismo a base de declaraciones como la efectuada en Addis Abeba por el vicepresidente norteamericano. No obstante, de no comprobarse que ese pensamiento se traduce en hechos, el recelo subsiste y se acrecienta.

La visita a Somalia, que tantas cuestiones litigiosas mantiene con Etiopía, no podía resultar especialmente fructífera para Humphrey. De antiguo, el Gobierno de Mogadiscio no ve con buenos ojos el fortalecimiento de las fuerzas armadas etíopes que realiza Wáshington. Últimamente, a este motivo de descontento se agrega el derivado de la crisis de Oriente Medio en el que americanos y somalíes mantienen posiciones opuestas, ya que las simpatías del país africano se dirigen, naturalmente, hacia las naciones árabes, a las que se siente hermanada por su lengua y religión.

El 9 de enero llegaba Humphrey a Túnez para una visita de veintidós horas. Fue recibido calurosamente por el presidente Habib Burguiba, que mantiene una firme amistad con los Estados Unidos. Tratándose de una visita de tan alto rango por Africa, no podía faltar la escala en Túnez, el país que mayor compenetración ha demostrado siempre con Wáshington y que con tanto énfasis ha apoyado la política norteamericana en Vietnam. Así, el pasado 7 de agosto, declaraba Burguiba que «los Estados Unidos de América tienen derecho a la gratitud del Estado y del pueblo tunecino por el apoyo que nos ha concedido en la época de nuestra lucha por la libertad y por la ayuda que nos ha otorgado después de nuestra independencia.»

Esta compenetración es aún mayor debido, precisamente, a la coincidencia mutua en dos temas fundamentales: el enfrentamiento con China popular y la cuestión del Oriente Medio.

Respecto al primero de ellos, Bourguiba opina que «el expansionismo chino ha llegado a ser un peligro amenazador para todos los países, sin distinción de ideologías» y juzga que éste se confirma por la experiencia registrada en Túnez por las actividades subversivas de los diplomáticos de Pekín («desde su apertura, esa Embajada, con exclusión de cualquier otra actividad, no hacía más que entregarse a una propaganda ideológica, considerablemente acrecentada desde la 'revolución cultural', que se caracterizaba por su injerencia constante en los asuntos internos de Túnez y en una animosidad creciente respecto al presidente Bourguiba y su Gobierno», declaraba una nota oficial del 28 de septiembre), que produjeron la ruptura de relaciones diplomáticas chino-tunecinas. Ambas circunstancias, amistad y gratitud hacia los Estados Unidos y recelo hacia la China popular, produce, como consecuencia inevitable, la simpatía hacia la intervención norteamericana en Vietnam, considerada como lucha de contención del comunismo maoísta, y, así, Túnez es tal vez el único país del continente que aprueba la guerra vietnamita. «Los Estados Unidos están haciendo grandes sacrificios en Vietnam para mantener la paz»—afirmaba en Kef el presidente tunecino—y todas sus declaraciones, tanto como las de su hijo, el ministro de Asuntos Exteriores, prueban implícita o explícitamente la política estadounidense en el sudeste asiático.

Y es, también, Túnez el único Estado árabe que viene propugnando, con insistencia, un arreglo negociado del problema palestino. En abril de 1965, Habib Bourguiba declaraba a un corresponsal de *Le Figaro* que «es preciso crear un clima de paz y de coexistencia entre los Estados árabes e Israel. Es preciso descongelar una situación que aparece sin salida desde hace siete años. ¿Cómo? Por un compromiso. Es evidente que es necesario aplicar los textos de la O. N. U.; pero es igualmente necesario reconocer las decisiones de las Naciones Unidas creando Israel... Satisfacciones y concesiones recíprocas. He aquí lo que yo deseo.» A la vista de la trágica experiencia vivida, dos años después, por las naciones árabes, y la posibilidad de que se produzca un nuevo baño de sangre en aquellos lugares, las palabras prudentes y realistas del presidente tunecino demuestran una indudable visión política, puesto que sólo el mutuo «reconocimiento del derecho de cada uno a vivir

en calidad de Estado nacional independiente, en la paz y la seguridad» en esa zona explosiva—como afirmaba el comunicado de la conferencia celebrada en Varsovia a finales de diciembre por ocho países socialistas europeos—puede traer la estabilidad necesaria para impedir una nueva conflagración. Y por ser Túnez adversario del planteamiento bélico como solución del problema palestino, coincide, también, fundamentalmente con las tesis sustentadas por la Casa Blanca.

El objetivo fundamental de este viaje de Humphrey ha sido demostrar al mundo que los Estados Unidos, aunque tienen su principal atención enfocada hacia otras regiones del universo, concretamente al sudeste asiático, no se desinteresan, en modo alguno, del continente africano, sino que se esfuerzan por ampliar y profundizar sus relaciones con las jóvenes naciones surgidas de la descolonización que Wáshington patrocinó tan ardentemente. No menos importante era el deseo de mostrar públicamente, ante las multitudes africanas, trabajadas por una incesante campaña antiamericana fundada en la opresión racial norteamericana, los progresos que va logrando la integración racial y, para ello, en el séquito del vicepresidente figuraban varios negros americanos que ostentan cargos prominentes. Visto desde estos ángulos, el largo desplazamiento—el de mayor duración efectuado allí por un vicepresidente desde el viaje de Nixon, de 1957—ha logrado satisfactorios, aunque no espectaculares, resultados. Aunque los planes norteamericanos de ayuda a los países africanos han recibido mucha publicidad, realmente son escasamente comprendidos por los países participantes, puesto que se trata de una concesión de fondos, material y ayuda técnica a las naciones individuales y no de un programa multilateral regional de desarrollo. Los Estados Unidos se comprometen, de forma bilateral, a esta ayuda en virtud de acuerdos contraídos anteriormente, por circunstancias actuales o de oportunidad futura. Y esa ayuda exterior está considerada desde hace tiempo como un instrumento eficazmente empleado para el logro exclusivo de los objetivos de la política exterior de Wáshington. Por ello, si la Casa Blanca desea, tal como ha recalcado Humphrey en varias capitales, ayudar definitivamente a Africa, la mejor forma sería sustituir los acuerdos bilaterales actuales por un programa regional de ayuda—una especie de «Alianza para el Progreso» africana—en el que los beneficios de la ayuda financiera no queden supeditados a consideraciones de tipo político.

JULIO COLA ALBERICH.

CRONOLOGIA

